

ración en la cual el Austria prometía entrar en el tratado de 11 de abril, y en el mismo mes se trazó en Viena el plan de operaciones, cuyo autor era el archiduque Carlos (1). Este tuvo la desdichada idea de dividir el ejército austriaco, enviando el cuerpo principal á Italia y dando orden para que el contingente mas pequeño operara en el Danubio en combinación con los rusos, encargándosele que avanzara «cuanto pudiera» y esperase luego la llegada de aquellos, no trabando ninguna batalla formal antes de unirse con éstos y retirándose hasta donde estaban las fuerzas rusas en caso de que se encontrara enfrente de fuerzas enemigas superiores.

El día 2 de setiembre presentóse el general Mack en



El almirante Villeneuve.

Wels y el 18 pasó el Inn y penetró en Baviera, donde sufrió el primer desengaño, pues el elector, á quien el emperador había ordenado que se uniese á su ejército, había huido á Wurzburg y dado orden á sus tropas de que marcharan hácia el Danubio para esperar á los franceses, con los cuales estaba aliado secretamente desde el 24 de agosto. Mack ordenó, en 15 de setiembre, que con toda la actividad posible se dirigieran sus soldados al Iller y que, una vez allí, vencieran ó perecieran (2). Entre Ulm y Memmingen, á lo largo del Iller, había descubierto una de aquellas posiciones defensivas inexpugnables, acerca de cuya importancia solían soñar maravillas los militares de la antigua escuela. Contra el parecer del archiduque Fernando, que no participaba de su fe ciega, consiguió en 26 de setiembre del emperador Francisco, que se había unido al ejército, la orden de que éste avanzara en dirección á Ulm y Memmingen, dirigiéndose luego él en persona á Lindau, donde descubrió dos grandes ventajas: primera, que las fortificaciones inspiraban grandes temores á un enemigo que marchaba contra Bregenz, y segunda, que los austriacos podían tener allí una

(1) Beer, págs. 140-141. Véase también Schonhals: *La guerra de 1805 en Alemania*. Viena, 1874, pág. 20.

(2) Beer, pág. 142.

plaza de armas importante para sus operaciones en Suiza. Sobre todo, creyó que las orillas del lago de Constanza iban á ser teatro de grandes acontecimientos. El día 27 de setiembre se encontraba en Constanza, donde supo que los dos ejércitos de Bernadotte y de Marmont marchaban sobre Wurzburg y Bamberg, pero pensó que á pesar de esta marcha la Bohemia no podía considerarse amenazada sino en el caso de que Prusia permitiera que los franceses atravesaran su territorio (3).

Con el ejército hannoveriano del mariscal Bernadotte y con el holandés del general Marmont, cuya llegada esperaban los 25,000 bávaros, había formado Napoleón el núcleo septentrional del gran ejército que debía envolver á los austriacos fortificados en el Iller, comunicándolos por completo con los rusos. El general Mack, que tenía noticia del movimiento de ambos ejércitos, consideraba como natural la unión de los bávaros y á lo sumo le inspiraba cuidado Bohemia; en cuanto á sí mismo nada temía, y lo mismo que le pasó en un principio le aconteció al final. Mack estaba perfectamente enterado de todo cuanto hacía el enemigo, pero lo apreciaba equivocadamente, dominado por ideas preconcebidas y por fantásticas quimeras, y por esto su suerte fué la de todos los generales que carecen de aquello que Clausewitz llama «la intuición de la verdad.»

El mismo día 27 de setiembre en que Mack redactaba en Constanza la relación mencionada, escribía Napoleón desde Estrasburgo á Bernadotte: «Hoy debéis estar en Wurzburg, desde donde os dirigireis al Danubio y tendréis así al general Marmont á la derecha y á los bávaros á la izquierda. Yo me uniré con todo mi ejército al general Marmont y si tengo la fortuna de que el ejército austriaco permanezca aun tres ó cuatro días en el Iller ó en la Selva Negra le habré cercado, y es de esperar que entonces solo se nos escapen escasos restos. Ha llegado el momento de librar la gran batalla. Antes del 20 Vendimiario el Austria habrá sido aplastada (4).»

El camino de Wurzburg al Danubio pasaba por Ansbach: esta población pertenecía al rey de Prusia, el cual se mantenía neutral. El ejército de Bernadotte tenía que pasar necesariamente por Ansbach y la cuestión era saber qué diría el monarca prusiano. Este punto había sido ya objeto de discusión.

Era muy dudoso que Prusia se mantuviera neutral después de la llegada de Bernadotte á Ansbach: hasta entonces esta potencia no se había decidido ni en pro ni en contra de los rusos, y Napoleón sospechaba que se decidiría en contra cuando en 29 de setiembre escribía á Massena: «Debo decir que el rey de Prusia ha puesto su ejército en pié de guerra y lo ha enviado á la frontera rusa. Los rusos quieren obligarle á que se declare contra nosotros, pero él les ha manifestado que estaba en favor nuestro (5).» Bajo el punto de vista de que partían los franceses, esta opinión estaba en cierto modo justificada por los hechos de que tenemos noticia; pero prescindiendo de esto, la neutralidad de Ansbach no había sido hasta entonces considerada como inviolable (6). Sobre este particular escribió Napoleón en 13 de

(3) Relación de 27 de setiembre, *Archivos de la guerra*, en Beer, pág. 145.

(4) *Corresp.*, XI, págs. 251-222.

(5) *Corresp.*, XI, pág. 259.

(6) Los mismos prusianos no la consideraban tampoco como tal. Lombard (*Materiaux*, pág. 112) refiere: «El rey, apenas tuvo la certidumbre de que había de comenzar de nuevo la guerra entre Austria y Francia, ya previó la suerte que estaba deparada á las provincias de Franconia, teniendo en cuenta cuál había de ser el escollo de la neutralidad, y se dijo que, situadas como estaban en el camino militar de los grandes ejércitos, era imposible que permanecieran tranquilas, porque el vencido querría huir por cualquier camino y el vencedor querría pro-

octubre á su agente diplomático Otto: «Contestad al mariscal Bernadotte que en virtud de los convenios firmados durante la última guerra respecto de la neutralidad de Prusia, el principado de Ansbach y las posesiones de la Prusia en Franconia no fueron considerados comprendidos en la línea neutral que entonces se trazó; que por lo tanto nuestras tropas pueden atravesarlos, lo propio que el condado de Mark, y que me es lícito suponer que en esta guerra podemos partir de la misma base que en la última (1).» Encargóse á Bernadotte que verificara la marcha con la mayor rapidez, pero al mismo tiempo con las mayores consideraciones posibles. En el momento en que se efectuó, envió Napoleón, desde Ludwigsburgo, al Danubio los cuerpos de ejército de los

mariscales Davout y Soult, procedentes del Neckar, y á los mariscales Ney y Lannes, que habían pasado el Rhin por Karlsruhe y Kehl, junto con los contingentes aliados de Wurtemberg y Baden. Los puntos á que se dirigía la mayor parte de estas columnas del ejército eran Ingolstadt, Neuburgo y Donauworth, que constituían los mas importantes pasos del Danubio al Este, es decir, detrás de las posiciones que Mack había tomado entre Gunzburg y Ulm. El objeto de este movimiento no se le ocultaba á Mack.

En 6 de octubre escribía éste á Viena: «El enemigo ha comenzado las hostilidades de una manera indigna. Todas sus esperanzas se fundan, al parecer, en que abandonemos á Ulm al ver amenazadas nuestra retaguardia y nuestras comu-



Muerte de Nelson en el combate de Trafalgar

nicaciones; pero podremos mantenernos firmes, y nos mantendremos, porque Memmingen está en buenas condiciones de defensa y porque nuestras provisiones no nos vienen por

seguir á toda costa su victoria. Persistir en la neutralidad de los margraviatos significaría renunciar á la neutralidad de la monarquía misma. Creía que era mucho mas prudente no querer nada de lo que fuese inútil querer, é imitar en esto á su padre, el cual, desde 1795, mientras un cuerpo de ejército estaba continuamente sobre las armas para hacer respetar por todas las potencias beligerantes la neutralidad de la masa principal del Estado, consintió á todas las potencias que atravesaran la Franconia, con la sola condición de que no habían de detenerse en estos territorios mucho tiempo y de que debían pagar en buena moneda lo que allí gastaran. El rey dió orden á su gabinete de que declarara que éstos serían los principios que sostendría en la guerra que amenazaba estallar. En su consecuencia, la marcha de los franceses no podía considerarse como una violación de territorio. Omitimos hablar del tratado de 3 de noviembre, de la vergüenza de no haberlo podido cumplir, de la alianza que siguió á nuestro odio y de todas las complicaciones que consigo nos trajo esta alianza. En vez de cumplir las órdenes del monarca, su gabinete le manifestó que hacer esta declaración mientras no le fuese exigida, equivaldría á favorecer la injusticia y á proclamar su debilidad. En esta objeción había algo de convincente, pero ¿no hubiera sido mejor confesar de una vez una debilidad que exponerse á acontecimientos que habían de desarrollarse sin apelación? El rey se re-

el Danubio. Aun cuando los franceses pasaran el Danubio y avanzaran hácia el Inn, nosotros no abandonaríamos á Ulm sino que pasaríamos á la orilla izquierda del Danubio y amenazaríamos sus propias comunicaciones, colocándoles

sistió durante mucho tiempo, pero acabó por ceder, y la desdicha fué inevitable. Haugwitz se encontraba entonces ausente en Viena. Hardenberg tuvo de ello la culpa y él mismo lo confirma: en sus memorias (tomo II, págs. 253-255) se inserta la resolución por el rey tomada en 3 de octubre de 1805, en cuyo final se dice: «Procurad especialmente que la neutralidad de los principados de Franconia sea respetada de la misma manera que en la guerra anterior, pues sería muy difícil mantenerla de un modo mas riguroso.» La neutralidad en que hasta entonces habían permanecido los principados de Franconia había consistido en tolerar que los ejércitos pasaran por ellos, pero no que permanecieran allí ni hicieran requisas. Napoleón no quería mas que atravesarlos, y no hizo otra cosa. A las palabras del rey contestó Hardenberg diciéndole: «¿Cómo puede proponerse esta condición cuando ni remotamente ha sido pedida?» Esta misma fué la objeción que Lombard expone como cosa propia. Por lo demás, Napoleón, fiel á la costumbre hasta entonces vigente, había distinguido perfectamente entre *passer* y *séjourner*, y al ordenar al mariscal Bernadotte lo primero, le prohibió terminantemente lo último. Véanse sus cartas al elector de Baviera y á Duroc, fechadas en 2 de octubre de 1805. *Corresp.*, XI, págs. 277-278.

(1) *Corresp.*, XI, pág. 280.

entre nosotros y los rusos. Si alguna vez he tenido esperanzas de un feliz éxito, es ahora. Mañana por la noche habremos reunido 80 batallones y en seguida comenzaremos á operar en la retaguardia del enemigo (1).»

Entonces llegó la noticia de que el ejército de Bernadotte había pasado por Ansbach, de que los ejércitos franceses se habían unido en Donauworth, y de que los austriacos que habían querido defender esta plaza habían tenido que retirarse. Mack sabía perfectamente lo que esto significaba, pues escribía á Viena, con fecha 7 de octubre: «Este infausto acontecimiento, que nadie hubiera creído posible, lo ha empeorado todo.» Pero pronto se tranquilizó al considerar la admirable situación que seguía conservando delante de Ulm y que podía ser enérgicamente defendida.

En 8 de octubre envió al general Kutusoff, desde Gunzburg, una carta firmada por el archiduque Fernando que caracteriza á su autor mejor de lo que podrían hacerlo largas disertaciones. «El ejército imperial, —decíase en ella,— ha conseguido hasta ahora la ventaja de haberse hecho dueño del Iller, de Ulm y de Memmingen, para tener sus fuerzas concentradas y no tener que debilitarse con la defensa del Tirol. El enemigo no se atreve á atacar de frente esta posición, sino que quiere envolverla é impedir con ello nuestra unión con el ejército imperial ruso, lo cual ha procurado conseguir Bonaparte haciendo que uno de sus ejércitos penetrara en la ciudad prusiana de Ansbach, despues de haber hecho que anteriormente se unieran sus dos ejércitos. Esto podría impedir por el momento nuestra unión con los ejércitos imperiales rusos, y quizás, ya que las fuerzas enemigas se han unido y hecho dueñas de Donauworth, sería peligroso salir á su encuentro ó hacer que las columnas imperiales rusas avanzaran inmediatamente sobre el Inn, á medida que fueran llegando. Sin embargo, hemos de permanecer en los territorios del Lech hasta muy adentro de Suabia mas tiempo del que necesitaríamos para que el ejército imperial ruso pudiera establecerse en el Inn provisto de todo lo preciso y dispuesto á operar. Hemos reunido nuestras fuerzas, unos 70,000 hombres, á fin de poder atacar y derrotar al enemigo en el caso de que pase el Lech, y como somos dueños de Ulm no podemos renunciar á la ventaja de seguir siendo dueños de ambas orillas del Danubio y la de pasar este rio, en caso de que los enemigos no pasaran el Lech, lanzarnos sobre una línea de comunicaciones, repasar el Danubio, mas abajo, y destruir los planes del enemigo si quisiera dirigirse con todas sus fuerzas contra nuestros leales aliados. De esta manera esperaremos valerosamente el momento en que el ejército imperial ruso esté dispuesto y en seguida que nos hayamos juntado encontraremos fácilmente la posibilidad de hacer sufrir al enemigo la suerte que se merece (2).»

El general Mack comprendía perfectamente qué era lo que podía hacer. Durante muchos días maniobró en todas direcciones á lo largo de la orilla izquierda del Danubio, donde le esperaba no la victoria pero sí el evitarse la ignominia y la vergüenza. Con ello consiguió, en 11 de octubre, derrotar en Haslach, entre Ulm y Elchingen, á una parte del cuerpo de ejército de Ney, que quería dar un golpe de mano sobre la plaza de Ulm. Cuando en 13 de octubre circuló el rumor de que los ingleses habían desembarcado en Boulogne y de que en Francia había estallado una revolución, creyó aquel general que la marcha envolvente que Napoleón había hecho, á su espalda, desde Lech hasta el Iller, no podía ser sino el principio de la retirada general, y por esto es-

cribía en 13 de octubre: «Este es el momento oportuno de aniquilarle y él mismo se burlaría, por lo menos interiormente, de nosotros si no lo hiciéramos: las columnas que avanzan sobre Memmingen y el silencio que se observa en la orilla izquierda del Danubio son las pruebas mas convincentes de su retirada. Por lo menos, hemos de pensar en hostilizarle y en hacer su retirada tan terrible como se merece. El ejército austriaco debe llegar al Rhin y, si es posible, pasar este rio al propio tiempo que Napoleón.» Al día siguiente, sin embargo, Memmingen se entregó al mariscal Soult, mientras Marmont y Lannes completaban, en la orilla derecha del Danubio, el cerco de Ulm. Cuando por la noche el general Riesch tuvo que evacuar á Elchingen, ante el ataque de Ney, todos los generales, á excepcion de Mack, opinaron que todo estaba perdido si por la orilla izquierda del Danubio no se marchaba sobre Nordlingen antes de que se completara por esta parte el cerco. Unicamente Mack objetó que el enemigo se encontraba en una situación desesperada y que sus mismos ataques eran prueba de sus apuros. El archiduque Fernando aprovechó la noche para apoderarse con ocho escuadrones de la orilla izquierda del Danubio y evitar, tomando el camino de Heidenheim y Nordlingen, la suerte que indefectiblemente debía sufrir Mack. El día 15 de octubre los franceses atacaron el monte Michael, y por la noche recibió Mack la primera intimación para que se rindiera. A los generales que aconsejaban la rendición fundándose en la carencia absoluta de víveres y de municiones, les apostrofó Mack diciéndoles que eran unos traidores y que antes de entregarse se comerían todos los caballos, comenzando por darles él mismo el ejemplo. Pero en la noche del 16 se abandonó á su propia suerte y entabló negociaciones, que terminaron el día 19. A las tres de la tarde del día 20 se rindieron los austriacos, en número de 20,000 infantes y 3,000 jinetes, con 59 cañones. A los oficiales se les puso en libertad, bajo palabra de honor, y las tropas fueron llevadas á Francia en calidad de prisioneros de guerra (3).

Napoleón, al día siguiente de haber tomado, al pié del monte Michael, la espada del infortunado Mack, marchó hácia Augsburgo para dirigirse á marchas forzadas sobre Viena y decidir de esta suerte la guerra. Durante esta marcha, tuvo noticia de la catástrofe sufrida en 21 de octubre por la escuadra franco-española que mandaban Villeneuve y Graviña, poco despues de haber salido de Cádiz, delante de Trafalgar (4). Este desastre no le contuvo, pues ninguna influencia tenia en la guerra continental y ni á los mismos ingleses causó gran alegría una victoria que había costado la vida al mas grande de sus héroes marinos, á Nelson.

La terrible impresion producida por la catástrofe de Ulm salvó á Italia, de la cual el archiduque Carlos tuvo que salir precipitadamente, y contuvo la espada de Prusia en el momento preciso en que todo indicaba que por vez primera iba á ser desenvainada.

El conde de Metternich se había identificado de tal suerte con la idea del príncipe Czartoryski de «atar las manos» al rey de Prusia, que la misma unidad de pensamiento que guardaba respecto del medio la consideraba natural respecto del fin. En 16 de mayo de 1805 escribía al conde Colloredo (5): «El sistema político de Prusia únicamente puede ser destruido por la unión de la voluntad y de los recursos de Rusia y Austria. Prusia no puede encontrar ningun refugio y es imposible que dude de la imposibilidad de estarse sin hacer nada el día en que aquellas dos potencias se crean

(1) Beer, págs. 147-148.

(2) Inserta por primera vez en Mikhailovski-Danilevski, págs. 58-59, y luego en Beer, págs. 148-149.

(3) Beer, pág. 157.

(4) Thiers, tomo VI, pág. 132.

(5) *Papeles de Metternich*, tomo I, págs. 2 y 45.



El almirante Nelson